

bleza; pero su nacimiento milagroso hizo concebir mayores esperanzas de él que todas estas ventajas de sus padres, á cuyos deseos fué concedido cuando oraban en la iglesia del mártir San Polieucto, en un tiempo en que principiaban ya á desconfiar de tener hijos (1). Su solo nombre fué como una señal y garantía de los favores del cielo. Su padre y su madre oyeron una voz celestial que profirió por dos veces esta palabra griega: *Euthymeite*, que quiere decir, «tened buen ánimo;» mandándoles despues que llamasen asi al niño que les prometia, porque su nacimiento daría nuevo valor á la Iglesia. Por esta razon se le llamó Eutimio; y fué consagrado al Señor y educado como un niño que no tanto pertenecía á su padre como á Dios. San Otreo, obispo de Melitina, le hizo pasar por todos los grados de la clerecia, y habiéndole por último ordenado de sacerdote, le confió el cuidado de los monasterios de su diócesis, porque siempre habia notado en él mucho amor á la soledad. Pero aun esta ocupacion le pareció á este nuevo Juan Bautista esponerle á mucha distraccion, y asi se alejó de toda habitacion humana, y de retiro en retiro, mas riguroso uno que otro, buscando por todas partes restablecer la vida del espíritu sobre la muerte de los sentidos y el olvido del mundo, se fijó en una caverna que tenia la entrada sobre el borde escarpado y elevadísimo de un torrente, adonde no se llegaba sino trepando con dificultad. Edificóse despues un monasterio mas abajo; pero dejó la direccion á su amigo Teoctisto, y él permaneció siempre en su caverna. Asi vivió hasta la edad de noventa y seis años, durante los cuales no cesó de admirar á todos el ver que con el espíritu de Dios la mas profunda soledad no impide servir á la Iglesia. Este solitario la dió mucha gloria y

(1) Vit. Euthim. in annal. Graec. pag. 7 et seq.

ventajas infinitas, no solo por el gran número de imitadores que consiguieron la gracia siguiendo sus huellas, sino tambien por el celo sábio y puro con que utilizó el respeto que tenian á su virtud para hacer reverenciar las decisiones de los Pastores legítimos que los novadores afectaban desconocer.

Quiso Aspebetes conducir por sí mismo su hijo á San Eutimio; y á este viage le acompañó gran multitud de árabes, no solo de su escolta, sino tambien otros á quienes la esperanza de un milagro atraía en mucho mayor número. Iba por fin tanta gente, que los monges que habitaban á la falda del monte juzgaron en el primer movimiento de susto que eran bárbaros acostumbrados al pillage; pero pronto calmó Aspebetes su inquietud, descubriéndoles sus santas disposiciones. Ordenó que avisasen al Santo, y manifestó el objeto de su viage y la vision que le hacia esperar que seria fructuoso. Eutimio, mirando este primer favor como prenda que le aseguraba del segundo y como una orden del cielo, bajó sin dificultad adonde estaba Terebon, que reconoció al punto en este Santo al viejo misterioso que habia visto en sueños. El hombre de Dios le curó al instante con la señal de la cruz (1).

Llenos de admiracion los sarracenos se postraron en tierra, confesando el poder de Jesucristo, y pidiendo á grandes voces el bautismo; pero Eutimio quiso asegurarse de la sinceridad de su fé. Despues de haber formado una especie de pilas bautismales en un rincon de su caverna, los instruyó en los puntos mas esenciales de nuestra creencia y los bautizó; primeramente á Aspebetes, al cual llamó Pedro; y á Maris, hermano de la muger de Aspebetes, que eran los principales de la nacion, tanto por su

(1) Vit. Euthim. in annal. Graec. pag. 21.

sabiduría como por su poder; y despues á Terebon y á los demas que los acompañaban. Detúvolos consigo cuarenta dias, tanto para acabar de instruirlos, como para arraigar en sus corazones la doctrina de la salvacion, y despues los despidió. Mas el cuñado de Aspebetes no quiso salir del monasterio: dió todos sus bienes para reedificarle y hacerle mas capaz de lo que era: renunció todas las cosas de la tierra para abrazar la vida monástica, y adquirió celebridad entre los mas grandes siervos de Dios. A vista de la cura de Terebon, acudieron innumerables enfermos á San Eutimio, cuyo nombre en poco tiempo se hizo famoso por una multitud de prodigios.

Ofendiéronse entretanto los persas de que sus súbditos cristianos buscasen un asilo en el imperio: quejáronse de esto, y aun amenazaron, pero inutilmente (1). Al fin rompieron la paz, y se comenzó una guerra sangrienta de una y otra parte. Pero fué desgraciada para los persas, quienes despues de muchos combates adversos perdieron una batalla decisiva; noticia que llegó á Constantinopla el 6 de setiembre de 421. Hizose el mismo año la paz, y pusieron fin á la persecucion, á lo menos por algun tiempo, con el motivo que vamos á espresar.

Habian los romanos conducido á la ciudad de Amida siete mil prisioneros, á quienes dejaban perecer miserablemente por falta de subsistencias. El obispo Acacio reunió su clero, y habló asi: «nuestro Dios que se hizo hombre por ponernos en libertad, estima mucho mas la vida de los hombres que una multitud de vasos de oro y plata que no necesita: destinémoslos pues á libertar ó sustentar estos pobres cautivos.» Fundiéronse sin tardanza estos vasos y recibieron víveres los desgraciados, hallándose pronto

(1) Socrat. lib. 6 hist. pag. 18.

en estado de volver libres á su tierra. Este hecho conmovió y llenó de admiracion á Vararanes, que empuñaba el cetro despues de la muerte de su padre Isdegerdes; concibió la idea mas ventajosa de la Religion que le inspiraba, quiso ver al obispo, le dió muestras del mayor afecto, y prohibió incomodar en adelante á los cristianos.

Durante la guerra de Persia acaecieron muchos sucesos extraordinarios que parecieron milagrosos y que se atribuyeron á las brillantes virtudes que florecian en la corte de Teodosio el jóven. Era la princesa Pulqueria el primer móvil que todo lo ponía en accion. No contenta con inculcar al emperador su hermano la piedad y otras virtudes cristianas, pugnaba asimismo por vencer la indolencia natural que notaba en este príncipe. Inspirábale amor á la aplicacion y á los negocios, le enseñaba á presentarse en público con dignidad, á tomar resolucion en los consejos, y á dar á los ministros de las cortes estrangeras respuestas dignas de la magestad imperial. Pulqueria no habia llegado aún á los quince años, cuando consagró solemnemente su virginidad al Señor, efectuándose esta ceremonia con la mayor magnificencia. En testimonio de que preferia esta consagracion á toda la grandeza del siglo, ofreció en la iglesia de Constantinopla una mesa de altar toda de oro llena de pedrería, con una inscripcion que esplicaba juntamente el objeto del sacrificio y la generosidad de la víctima. Persuadió tambien á sus dos hermanas que se consagrasen á Dios, tanto para hacerlas participantes de la feliz libertad del corazon, cuyo inestimable valor conocia, como para alejarlas de los ambiciosos que casándose con ellas hubieran podido turbar el Estado. Desde entonces parecia el palacio una de las mas fervorosas casas religiosas. Celebrábanse en él desde por la mañana las alabanzas divinas; á horas determinadas habia

oraciones y lecturas piadosas: no solo se observaban los ayunos de precepto, sino que se añadían otras abstinencias y buenas obras de supererogación (1). Había en él una biblioteca de libros de piedad y de las mejores versiones de la sagrada Escritura; pero para entenderlas en el verdadero sentido de la Iglesia, y preservarse de las novedades peligrosas, conferenciaban muchas veces con buenos sacerdotes, con santos solitarios, y sobre todo con los obispos, jueces naturales de la sana doctrina, á quienes se tenía á mucha gloria tributarles los honores debidos á los primeros ministros de la Religión.

En 415, teniendo la princesa de diez y seis á diez y siete años, su hermano la asoció al imperio y la declaró Augusta; cosa sin ejemplo hasta entonces, pero bien merecía la escepcion. Formó Pulqueria un excelente Consejo, cuyas resoluciones hacia obedecer rigurosamente, y cuyas órdenes tomó á su cargo intimar. En efecto, nadie sabia hablar ni escribir con mas gracia, bien fuese en griego, bien en latin; pero lo mas admirable, lo mas interesante á la felicidad y tranquilidad del Estado, fué el que por una modestia en extremo rara en una muger de su talento é ingenio, todo lo atribuía y de todo daba la gloria al emperador su hermano. Pareció necesario proceder del modo mas rígido contra los restos siempre inquietos del paganismo, para asegurar todavía mejor el reposo y la autoridad absoluta del imperio. Se prohibió bajo penas corporales todo ejercicio de idolatría, sin esceptuar los honores casi divinos que se tributaban á las imágenes de los emperadores; mas Teodosio, cuya dulzura excedía á todas las demas virtudes, redujo á la confiscación de bienes y al destierro la pena capital decretada contra los que sacri-

ficasen á los ídolos. Perdonaba á todos los delinquentes que encontraban modo de implorar su clemencia (1); por lo que reconvinéndole un día Pulqueria, tan benigna como su hermano, pero mas previsora de los peligros de una clemencia excesiva, la dijo: «¡ah! hermana mia, fácil nos es quitar la vida á un hombre, pero solo el Todopoderoso puede resucitarle.»

Fueron renovadas las leyes de sus antecesores contra los hereges, estendiéndolas á las reuniones cismáticas de los últimos novadores y designándolas con su propio nombre. Publicóse otra ley prohibiendo generalmente representar espectáculos públicos, aun á los judíos y á los paganos, los dias de Navidad, Epifanía, Pascua, Pentecostés y todo el espacio de tiempo que hay entre estas dos últimas fiestas, como tambien en las festividades de los Apóstoles y en todos los domingos del año, aunque concurriesen estos dias con el de su nacimiento ó con cualquier otra solemnidad civil que se acostumbrase celebrar en su honor. Dice con este motivo: «sepan todos, que nunca se nos da tanto contento como cuando se reverencia á la Magestad divina (2).» Fué abolido el patriarcado de los judíos, que era una dignidad muy considerable por sus honores y rentas; les vedó edificar nuevas sinagogas, atraer á su culto á cristiano alguno y tenerlos por esclavos. Al mismo tiempo reprimió el celo indiscreto de los católicos, prohibiéndoles ejercer violencia alguna contra los judíos ó contra los paganos, ó quitarles cosa alguna, bajo pena de restituirlo cuadruplicado (3). No obstante, es preciso confesar que Teodosio el jóven, dotado de tantas virtudes que hubieran hecho de él un excelente ciudadano, fué un príncipe débil, un genio tímido y limitado,

(1) Cod. Theod. l. ult. de pæn.

(2) Cod. Theod. l. de Spect.

(3) Ibid. l. 25, 26 et 27 de Jud.

(1) Socrat. lib. 7 hist. cap. 22.

y fácil de prevenir y de dejarse gobernar.

A los veinte años aún no habia contraído matrimonio. Dióle á entender Pulqueria que en el colmo de la grandeza en que brillaba bastante por el esplendor de su propia dignidad, no debía buscar en una esposa sino la distincion del mérito personal y aquellas cualidades que son la felicidad de la sociedad conyugal. Vivía en Constantinopla Atenais, hija de un filósofo ateniense, la cual habia ido á aquella ciudad para anular el testamento de su padre que la desheredaba á pretesto de que, sabiendo ella filosofía, de nada mas necesitaba, y que debía contentarse con las riquezas del espíritu. Dirigióse Atenais á la princesa Pulqueria pidiéndola justicia contra sus hermanos tan duros é injustos con ella que querían cumplir tan extravagante testamento. Llamó toda la atención de Pulqueria la novedad del asunto, y se tomó un vivo interés por una persona de su sexo, en quien se castigaba realmente la ciencia con pretesto de honrarla; y cuando conoció á fondo el mérito de Atenais, la amó hasta el punto de adoptarla y desposarla con el emperador. Cumplióse de este modo y en algun sentido la última voluntad ó vaticinio del padre de esta brillante jóven, mas virtuosa aun y mas aventajada por los dones de la naturaleza que por su sabiduría.

Cuando supieron su fortuna los hermanos de Atenais, se ocultaron; mas envióles á decir que, lejos de escuchar las voces del resentimiento, conservaba solo la memoria de la obligacion que con ellos tenía, porque rehusando tratarla como hermana, la habian hecho su soberana. Cumplió fielmente sus promesas, porque les consiguió distinciones y dignidades convenientes á su augusta alianza. Aunque educada en las preocupaciones del paganismo, se convirtió luego que la hicieron ver la antorcha de la verdad, y aun antes de desposarse con el empera-

dor. Al bautizarla la pusieron el nombre de Eudisia, porque se miraba como profano su primer nombre por derivarse del de Minerva, llamada en griego *Athene*. Amóla tiernamente el emperador, y la dió el título de Augusta dos años despues de su matrimonio, cosa asombrosa en un tiempo en que la persona que poseía el corazón del soberano, raras veces tenía parte en estas decoraciones y títulos.

Esto no obstante, manifestaba Teodosio en medio de sus virtudes demasiada debilidad, por lo que se veía rodeado de aquel género de cortesanos que se valen de la piedad como de cualquier otro medio para conseguir sus intenciones profanas y culpables. Toleraban con dificultad muchos obispos la autoridad del Papa en toda la vasta estension del imperio de Constantinopla. No obstante la distincion de las dos potestades, tan bien distinguidas en el Evangelio, no cesaban de confundirlas ó asimilarlas, y en todas ocasiones pretendían regular el gobierno de la Iglesia por el dominio temporal. Hé aquí la piedra de escándalo en que al fin cayeron los griegos de un modo tan funesto, pero en la que solo daban algun traspie, por decirlo así, mientras reinó Teodosio. Obligaron á este jóven príncipe á publicar una declaración con fecha 14 de julio de este año de 421, por la cual se cometían los negocios eclesiásticos de la Iliria á la junta de los obispos de esta provincia, bajo la dirección del de Constantinopla, que disfruta, decían ellos para autorizar la determinación, de las prerogativas de la antigua Roma. Citaban los antiguos cánones: es decir, sin duda los del primer Concilio general de Constantinopla, pero estos concedían simplemente al obispo de esta capital la primera distincion de honor despues del Soberano Pontífice, sin género alguno de jurisdicción sobre las otras iglesias, y aun el Concilio de Nicea habia confirmado las prin-